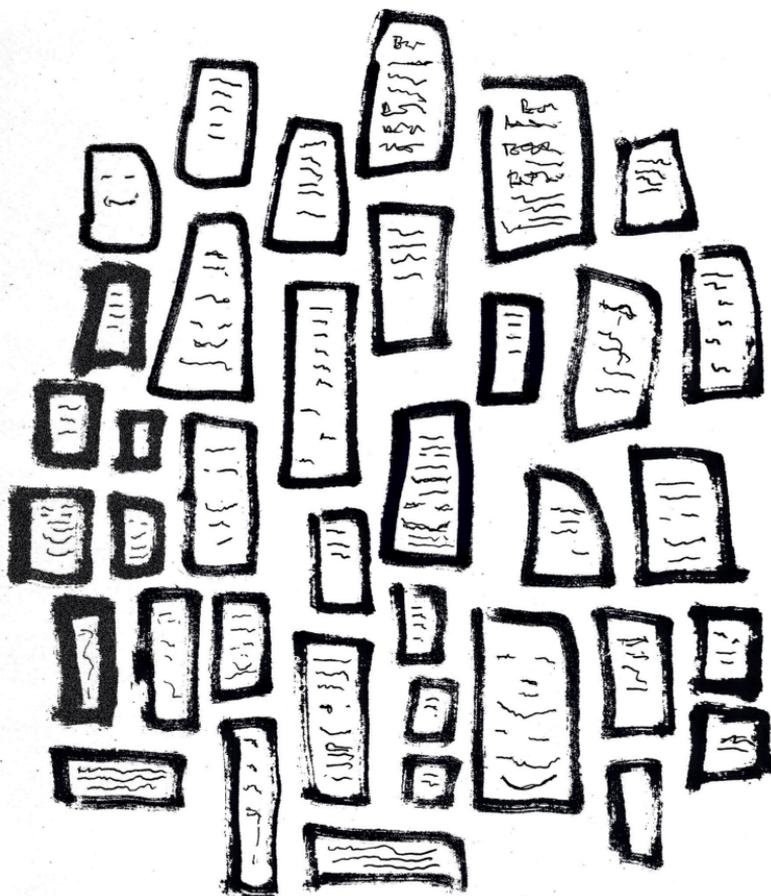


HARRIZ HARRI



Diario Colectivo de Aibar

PIEDRA A PIEDRA

Oibarko eguneroko kolektiboa

Eguneroko bat zerbait pertsonala izan oi da, intimoa, sekretua. Irakurria izateko baino idatzia izateko pentsatua dagoen koaderno bat. Zerbait pertsonala izan oi da, bai, baina azken finean pertsonala dena kolektiboa izaten bukatzen du. Orduan zergatik ez proposatu beste era bateko eguneroko bat?

Eguneroko hau testu ezberdinez osatua dago, deialdi baten bitartez jasoak izan direnak. Data bat aukeratu eta idatzi bat bidaltzea ze asmoa. Egun bat, gertakizun bat, bizipen bat, txikia izanda ere besteekin batera Oibarko kontakizun bat eraikiko duena.

Etxe bat harriz harri eraikitzen den moduan, eguneroko hau testuz testu eratua izan da, ez ziertzoak ezta denborak ere eraitsi ez dezaten. Mila esker proiektu honen parte izan diren pertsona guztiei eta hitzez hitz zerbait intimoa elkarbanatu dutenei.

Hitzak ziertzoak eramaten ditu, baino egunerokoak ez ditu ain errez eramaten.

Un diario suele ser algo personal, íntimo, secreto. Una libreta o cuaderno pensado más para ser escrito que para ser leído. Suele ser algo personal, sí, pero lo personal al fin y al cabo acaba siendo colectivo. Entonces, ¿por qué no plantear un diario de otro tipo?

Este diario ha sido formado por diferentes textos recibidos a través de una convocatoria. Se trataba de elegir una fecha y escribir una entrada. Un día, un suceso, una vivencia que por más pequeña que sea, contribuiría a un relato de Aibar junto con las demás.

Al igual que una casa se construye piedra a piedra, este diario se ha levantado texto por texto, para que ni el cierzo ni el tiempo pueda derribarnos. Muchas gracias a todas las personas que han sido parte de este proyecto y a las que palabra a palabra han compartido algo íntimo.

Las palabras se las lleva el cierzo, pero los diarios no tan fácilmente.

Hola, hoy 1 de septiembre de 1973 comienza el curso escolar en Aibar. Este año hay novedades, por primera vez los chicos y las chicas estamos en la misma clase. Se acabó la separación por sexos. Eso sí, unas en un lado y otros en otro. Se notaba un ambiente diferente y todos estábamos nerviosos, a ver qué nos depara mañana.

Otro día aquí. Ya han pasado unas semanas y la vida en la escuela es diferente. Noto cómo las chicas vienen más repeinadas y los chicos somos menos brutos.

Hoy me he fijado en una chica. Es de pelo rizado color castaño, y tiene los ojos marrones claros. En clase nos hemos mirado cuando los demás no nos miraban.

De nuevo aquí. Hoy me ha pasado un papelito por debajo de la mesa y ponía «me gustas mucho». Y yo en el recreo le he dado otro a su compañera de pupitre, y le he puesto «tú también a mí».

Ya estamos en verano y se van pasando las vacaciones.

Hoy, sábado, hemos estado bailando en la plaza, en el «Piku». Después de bailar un montón de veces la yenka, el kazachok, etc. ha sonado la última, la de «hay un farol colorado en la plaza del castillo», y nos hemos ido agarrados de la mano bajo la muralla. Y junto al poste de la luz nos hemos dado un beso. Yo he cerrado los ojos y he puesto la boca... Bueno, no he notado nada pero me ha gustado un montón. Bueno, hasta dentro de 50 años...

10 de septiembre de 2024

No estoy muy de acuerdo con el dicho de... «Los pueblos felices no tienen historia». ¿La tiene Aibar? Yo creo que sí y muy rica en diversas épocas.

La más reciente, la que yo he vivido, histórica es y con el paso del tiempo aumentará su importancia, mas no su felicidad. Es imposible cuando aún por sus calles transitan aibareses(as) que en su infancia lo hacían con alpargatas rotas pisando la nieve para ir a la escuela.

Recordar esto no equivale a no querer a mi pueblo. Lo quiero, aunque ciertas vivencias no se olvidan fácilmente. Y más cuando eso «pasó», pero no el cambio por el que tanto sufrieron los aibareses... Los que lo hicieron, claro.

No decía esto por ocultar esta realidad. Estamos falseando una historia que está ahí, vivida para los aibareses en distintas posiciones. Esos años fueron de crueldad, eso es lo triste, cuando motivos no los había. Esta violencia, porque hubo violencia, no hizo de Aibar un pueblo más feliz, o yo esa felicidad no la he respirado cuando hemos tenido que ir por varios montes a recuperar lo que nunca debió pasar.

La línea de la tolerancia y el respeto a todas las opiniones nunca se debe cruzar.

Consigamos la felicidad de un pueblo pensando en todos, no individualmente.

15 de septiembre de 2024. Aibar.

Es un pueblo bonito, envejecido en todo pero bonito. Desciende de su caserío desde una colina que nace en lo más alto, el Cerco, con unas vistas magníficas de todo su contorno.

Su situación es envidiable para cualquier pueblo, con un cruce de carreteras que nos lleva a Leache, considerado por todos como su hermano pequeño, para llegar a Sada, asentada también en una colina. Llega Cáseda, con más empaque, y con su río Aragón, al que deja, antes de apropiarse de él, que nos riegue a los aibareses; nuestra Facería y nuestro Soto, desde el que Sangüesa nos muestra su Pastoriza.

En el siglo pasado el buen rollo que ahora hay en toda esta comarca eran más bien tiranteces de vecinos que no se llevan, o se llevan mal.

Aibar siempre mantuvo una especie de señorío, al ser nombrada por nuestros antepasados «Leal y Fidelísima» villa.

Su término municipal es de una riqueza paisajística como no habrá muchas, con sus barrancos que nacen y mueren en sus límites, menos el de Uñesa, al que muchos queremos, y al quererlo tanto permitimos que su cauce llegue hasta Sangüesa llevando las aguas de la Vuelta de Macimarra, tan frescas como son las del Pozo de las Hiedras.

Estas son pinceladas de Aibar, que tiene mucho más que contar de su historia, y los aibareses de sus vivencias en el pueblo que nos vio nacer.

Hola, soy Ana y hoy 22 de septiembre de 2024 voy a contar mi historia con Aibar, el pueblo de mi abuela.

Cuando era pequeña, pasaba los inviernos en la ciudad, rodeada de gente y de comercio.

La vida en la ciudad parece más sencilla y cómoda, y para mucha gente lo es.

En cambio, yo sentía que no encontraba mi lugar.

La gente dice que la ventaja de vivir en una ciudad es que cuando llegue la época del instituto tendré muchas más amigas para elegir, cosa que a mí tampoco me convence.

Cuando llega la Navidad, pido a mis padres pasar todas las vacaciones en el pueblo de la abuela.

Se llama Aibar.

Es un pueblo pequeñito, y con pocos habitantes, y no hay muchos niños con los que jugar: es la excusa que me dan mis padres para tratar de convencerme de que la ciudad es mejor.

Yo decido no hacer caso e ir con la abuela a Aibar.

Mi abuela me lleva al ayuntamiento a ver el alumbrado que hay por las calles al llegar la Navidad, y a la plaza del pueblo, donde conozco a dos niñas con las que entablo una gran amistad.

Juego con mis amigas durante toda la Navidad.

Pero estos días de diversión pronto llegan a su fin y debo volver con mi familia, a la ciudad.

Durante el curso, acudo algunos fines de semana al pueblo con la excusa de ver a la abuela y pasar un ratito con ella en el fogón, disfrutando de una lectura y de una buena charla.

Al llegar el verano, pido a mi papá y mamá pasarlo en Aibar, ya que es el sitio en el que me siento más segura y cómoda.

Mi familia accede a concederme el deseo.

Allí, además de disfrutar de ratitos con la abuela, voy con ella a la piscina del pueblo, donde también me reencuentro con mis amigas.

Por la noche «salgo a la fresca», lo cual quiere decir que salgo con ellas a jugar por las calles del pueblo.

Sé que en la ciudad no podríamos salir solas, por los innumerables problemas que podríamos encontrar.

Poco a poco mi familia va siendo consciente de las numerosas ventajas que tiene vivir en el pueblo y vamos viniendo mucho más a disfrutar de su gente y de sus numerosas aventuras y espacios para recorrer sin peligros.

3 de octubre de 1989

Hoy comienza la vendimia. Estaba claro que tenía que ser un día de estos, en la bodega ya veía mucho movimiento y hacía días que habían puesto el pincho para el grado.

Mi padre ya había estado preparando todo, había puesto la lona al remolque, preparado los terreros y ganchos para llevar a la viña, todo estaba listo y era hora de recoger la uva. Pasamos el día en la viña cortando uvas. Cada uno lleva su rea, aunque a mí siempre me ayudan mis hermanos a cortar. Almorzamos y comemos en la viña. Son días de mucho trabajo y hay que aprovechar los buenos porque como toque un poco de lluvia se complica. Hace falta traje de agua y al final acabas mojándote. Y como nosotros no llevamos tajo, siempre estamos hasta que casi ha oscurecido.

Después subimos todos para casa.

Al tractor con el remolque cargado de uva le toca hacer fila para descargar. Hay días que tardan más de dos horas, contando que todo en la bodega vaya bien, porque ya se sabe que con tanto trabajo puede fallar cualquier cosa. Como tenemos una lona amarilla, desde casa vemos el tractor, cómo avanza por la carretera de Leache y se mete en el barrio de San Juan.

Me encanta ir a la bodega a ver descargar remolque. Primero los pesan y miden el grado, después pasa a la zona de descarga y, una vez vacío, vuelve a ser pesado. Aprovechando que le llevo el bocata a mi hermano a la fila de los tractores, estoy un buen rato viendo descargar. Una vez que mi hermano descarga, me vuelvo para casa.

Mañana será otro día y toca ir a vendimiar, ojalá no llueva.

Un día de 1974 comienzan las obras para poner alumbrado público, o sea, las farolas.

He visto gente de fuera trabajando.

Estoy expectante por ver cómo quedan las farolas, porque a las noches no se ve prácticamente nada por las calles y los pocos puntos de luz existentes son objeto de tiros de tirabeques.

Van pasando los días y ya se ven farolas de pie.

Qué bonito parece Aibar, una ciudad.

En mi barrio han colocado 5 farolas en las fachadas.

Otro día más en las obras de las farolas.

Hoy el alguacil ha pregonado con su caja de resonancia que este viernes baja el ilustrativo señor Don Amadeo Marco, presidente de la Diputación Foral de Navarra. Inaugurará el alumbrado público, que es así como se dice. El viernes veremos cómo se hace el encendido.

Esta tarde he visto al señor ese del gobierno de Navarra...Por cierto, un señor mayor, y con gafas de sol, y estaba oscuro, casi anocheciendo. El señor ese ha echado un discurso y después le ha dado al encendido de las farolas. Y la gente saltaba de alegría.

Parecía que era de día otra vez. Yo no me lo podía creer. Y esta noche los del barrio hemos estado jugando en la calle hasta muy tarde, menos mal que mañana no tenemos clase.

Bueno, me voy a dormir. Adiós.

Un día cualquiera de 2024.

¡Hola! Soy Sancha, la Sancha o Doña Sancha, como me llaman en el pueblo. Nací hace 1034 años, más o menos, pero no soy millennial, soy milenaria, que no es lo mismo.

Estoy en Aibar de estatua desde el año 2017. Y hay días que me aburro como una ostra, por eso en las noches oscuras me bajo del pedestal y me doy una vueltica por el pueblo.

A veces voy por la Ontina, que ya no huele como antes, que estaba lleno de plantas... Me acuerdo cuando iba con mi ama de paseo y las cogíamos para perfumar, y ella hacía ungüentos y bebidas estomacales y digestivas... Pero ahora es un barrio.

De ahí me bajo por Amalur y La Milagrosa hasta Toki Eder. Otras veces por Santa María hasta las piscinas y en las noches «tropicales» hasta me doy un baño, que ahora ya sé nadar... ¡Quién me iba a decir a mí, con el miedo que me daba el Rio Lorte!

Las noches que no me apetece ir por ese lado del pueblo me voy por la Calle Mayor. Y subo por la bodega hacia el Camino del Monte, hasta Mendiko, que siempre me quedo con las ganas de catar esos caldos que dicen tan buenos. De ahí me cruzo hacia el Pozo del Toro, que he oído que se llama así porque se ahogó un toro, ya pueden tener cuidado las vacas...

Después me gusta subir por ese camino tan bonito hasta el Paso San Jaime, señor del que no tengo noticias, y me bajo al Pozo de las Hiedras. Cuando bajo por las escaleras aprovecho para refrescarme con ese agua tan nítida y buena, y de ahí subo al robledal, un poco por donde las tirolinas.

¡Qué bonito está!

Me paso ratos y ratos buscando a los duendes, que cuando yo era niña había bastantes. No sé dónde se habrán metido ahora... Seguro que se asustan con las vacas porque yo me pego cada susto... ¡Qué mirada más profunda!

A los duendes no los he encontrado todavía pero haberlos, los hay, porque a ver si no por qué nos llaman duendes a los de Aibar. Seguro que más de uno dice que es porque somos brutos... ¡Ja! En todos los pueblos cuecen habas...

Cuando cambio la ruta, y voy por la Plaza de la Virgen, me gusta darme la vuelta hacia el Portal de La Hueca, y de ahí subo al Portegao y la iglesia con su Santo Cristo, que es tan grande como yo. Después me subo al Cerco. Qué feliz me siento allí arriba. No es que vea bien, porque está oscuro, pero adivino por las luces toda la Val de Aibar: los dominios de mi padre, el conde de Aibar. Y ahí está esa fábrica de la que tanto oigo hablar en la plaza y de la que me llega ese olor tan particular. Unos dicen que huele a dinero, no lo entiendo. Y otros que a tripas, pero antes las tripas no olían así, era un sentor distinto.

En el Cerco, no sé porqué, es donde más me acuerdo de mi infancia, y de cuando me hice moza y me llevaron a la corte a servir de dama de compañía de Doña Munia, la reina consorte de Don Sancho Garcés III (Sancho el Mayor). Sentimos un flechazo el mismo día que cruzamos nuestras miradas. Ay, Sancho, qué felices fuimos. Yo era tu amante pero no me importó. Cuando tuvimos a nuestro hijo Ramiro, eso todavía nos unió más. Quisieron hacernos daño llamándole bastardo pero supiste darles a todos en los morros cuando le concediste el Reino de Aragón, siendo su primer rey, Ramiro I.

Me hice fuerte y, como dicen ahora, empoderada. Así me recuerdan mil años después, como una mujer adelantada a mis tiempos. Olé, olé por mí.

Tan distraída en mis pensamientos, se me hace casi de día. Tengo que correr a la plaza remangándome las sayas para no caerme, y para que no me pille algún madrugador o trasnochador, que hay más de uno.

Alguna vez casi me pillan, y me recoloco mal en el pedestal, con las manos cambiadas. La de arriba, abajo, la de abajo, arriba, la capa descolocada, sudando. Casi me da la risa, porque alguno me mira raro, medio dormido... Y no se da cuenta.

En la plaza hay ocasiones en las que no me aburro, porque veo jugar a los niños, escucho las conversaciones y las disputas por el mus de los jubilados, los ensayos de las corales, las bandas, el grupo de teatro, que se llama como yo... En las fiestas, los bailes y el Kantuz... Y me gusta mucho escuchar las jotas de ronda. El que hace las letras, vaya ingenioso que es, hasta me hizo una a mí.

Buena moza era la Sancha / Y la quisieron casar / Pero se quedó de amante / Que son las que mandan más.

Pero lo que más me gusta, y con diferencia, es la comparsa, los gaiteros, los cabezudos, y, bueno, los nuevos sobre todo. A veces hasta tarareo y bailo, no lo puedo evitar. Se me van los pies. Algún día me han de pillar, seguro. El pueblo amanece con alegría, salen los gigantes... Ya me sé toda la letra. Gora la comparsa, gora Auzolan, gora la comparsa, gora Auzolan...

Pero... ¿por qué me hicieron estatua? ¿Alguien me preguntó si yo quería? Yo quiero ser gigante, que me lleven por las calles,

bailando. Y así no tendría que escaparme del pedetal, que ya tengo unos cuantos años para subir y bajar. Que está muy alto y ya no estoy para estos trotes...

Algún día, más pronto que tarde, gritaré: ¡QUIERO SER GIGANTA, QUIERO SER GIGANTA! Y que me lleven como a Pla, el Dulero, la Mujer Rural o la Bruja de Campolengo por todas las calles de nuestro pueblo Aibar-Oibar.

1 de diciembre de 2023, 9:00 de la mañana de un domingo de invierno cualquiera en nuestro pueblo. Pero esta mañana es especial. Estoy en Cenera, término de Aibar, esperando a que vengan mis compañeros de mañana, de trabajo y de disfrute. Sentado encima de una piedra, veo las ramas de los olivos mojadas de la rosada mañanera, y en la tierra un poco de barro. Qué colada vamos a coger... pero qué mojada mas gozosa.

Hoy la sociedad recoge con ilusión el fruto del trabajo realizado durante todo el año. A través de esa piel rugosa de los troncos me remonto a todos los años de trabajo de los aibareses que han permitido que yo pueda estar hoy aquí. Años en los que no había máquinas y se desplazaban con los machos a recoger la oliva. Toda la familia, en capachas y a mano.

Me siento aibares. Y Aibar está ligado a la tierra. A la vendimia, a la oliva, al campo. A tantas mañanas que las familias se juntaban para vendimiar las viñas de casa entre conversaciones interminables, canciones y, por qué no, algún que otro enfado, ¡ala, arrea, que te estás quedando atrás! Y estar hoy aquí me hace sentirme bien.

Me despierta del recuerdo el ruido del coche de uno de los colegas. Vamos a empezar a darle. A media mañana sacamos la capacha, con los bocadillos de magras con tomate y la bota de vino. Y divagamos sobre los kilos, la madurez de la oliva, la poda... Terminamos el día cansados. Nos reímos de la clase de invitación que le hicimos hoy a dos amigos para pasar el día. Mover las redes, los sacos y la vara te dejan el cuerpo molido, pero qué a gusto se siente uno ya en la cama, pensando en la ilusión de llevar mañana la oliva al trujal para ver en una semana qué saborico tiene este año el aceite propio.

A veces para ser feliz no es necesario tanto. En el recuerdo nos quedarán estos ratos compartidos. Y el olor y el sabor de este aceite.

5 de enero de 2003... Bueno, ya 6 de enero de 2003.

¿Me llamarás? Quiero decir que... cuando vengas a Aibar, ¿quedaremos? —me dijo casi escondiendo su mirada, apoyando su cabeza en mi pecho.

Claro que vamos a quedar, pensé yo. Pero mis prejuicios me dictaron que no debía mostrarme tan vulnerablemente enamorada, ni tan fácilmente disponible...

Mierda de prejuicios.

Abril de 1976.

Hoy la cuadrilla nos hemos hecho socios del teleclub. Cuando hemos entrado estábamos un poco alucinados porque son gente mayor que nosotros. Es un centro sociocultural en el que los jóvenes del pueblo se organizan sin tener que depender de las garras de la iglesia y del yugo del régimen franquista. Por primera vez, los y las jóvenes se movilizan.

El centro organiza charlas, conciertos, excursiones y otros eventos. También organizan las fiestas de Mayo, que es como se les llama ahora; antes, las fiestas del santo cristo. Estas fiestas a mí me encantan, porque viene mucha gente de fuera a ver las carrozas. Y las cuadrillas participan y compiten por ganar el primer puesto. Nosotros este año hemos preparado una carroza pero no hemos ganado... Bueno, que me enrolló y no cuento lo que me ha parecido el local.

Al entrar, a mano derecha, está la barra del bar. En frente hay unas escaleras que dan acceso al primer piso. Al fondo del local, a la derecha, está la televisión. Y, a la izquierda, la máquina de discos, donde la gente introduce una moneda y selecciona la canción. Incluso hay gente que baila. También hay al fondo una habitación para jugar al fútbolín y una mesa de pimpón.

Después la chica que nos hizo los abonos nos ha enseñado el piso de arriba, que es donde vamos a estar. Cuenta con un baño al subir las escaleras, una cocina vieja, una biblioteca, una sala de televisión y una terraza.

En el segundo piso hay una sala grande donde ensayamos la coral Aritza. Y un armario grande en la pared donde se guardan las cosas de las distintas actividades.

Creo que este centro cultural será donde se formen y se originen las semillas que más adelante dirijan el futuro de este pueblo. Sin nada más que contar hasta la próxima...

Eran los años 50 - 60, en los que una parte del tiempo de ciertos días lo dedicábamos a ACTIVIDADES. Era principalmente en los meses de mayo, junio, octubre y diciembre.

El mes de mayo:

Decíamos el mes de las flores, el de la Virgen María. Los niños y niñas hasta la edad de la primera comunión íbamos al colegio La Milagrosa, de las Hijas de la Caridad, que decíamos de las monjas. Y todas las tardes de este mes íbamos a la capilla a rezar el Rosario y a ofrecer las flores. Llevábamos rosas de mayo, de casa o de otras casas a las que íbamos a pedir. Recuerdo el perfume de las rosas y la ilusión que nos hacía.

El mes de junio:

El mes del Corazón de Jesús. Por las tardes íbamos a la iglesia al rezo del Rosario, y cantábamos: «Corazón Santo, Tú reinarás, Tú nuestro encanto siempre serás...» y seguía la letra. Había un grupo de mujeres que formaban la junta del Corazón de Jesús, que decíamos amablemente «Las Corazoneras, y para tal celebración se ponían al cuello la cinta con la medalla del Corazón de Jesús.

El mes de octubre:

El mes del Rosario, un mes litúrgicamente especial ya que en aquellos años se celebraba de manera extraordinaria, con misa de madrugada, que decíamos «a oscuro ciego» (podría ser a las 6:30). Quién vivía de la plaza para arriba lo tenía llevadero pero los de la plaza para abajo... ¡Vaya sacrificio!

Después de la misa, la procesión por media villa¹, con los faroles encendidos, los hombres a un lado y las mujeres a otro (así era) rezando el Rosario. Y entre misterio y misterio, cantábamos:

«¡Viva María! ¡Viva el Rosario! ¡Viva Santo Domingo que lo ha fundado!».

«El Rosario a María todos debemos rezarle cada día para ir al Cielo».

«¡Viva María! ¡Viva el Rosario! ¡Viva Santo Domingo que lo ha fundado!».

«Labrador, si tú quieres frutos del campo, los hallarás copiosos con el Rosario»².

Era una actividad que nos restaba sueño y al final del mes nos daba cansancio, pero quizás también nos daba energía. Hoy diríamos, de alguna manera, cargar pilas, porque era empezar el día. Después los hombres al campo, las mujeres a las tareas de casa y los jóvenes que no iban al campo, y algún crío (los monaguillos de turno no faltaban) cogíamos el bocadillo, la cartera y... ¡jala, a la escuela!

¹ Media villa: de la iglesia por las escaleras a la plaza de la Virgen, cuesta Cotilla, pasando por casa Zapatero de abajo, casa de Arbeloa, casa de Garro, casa del Boticario (antigua farmacia), seguimos a la izquierda, casa de Navarro (parte de arriba) por el colegio de las monjas, la plaza de la Virgen, subimos las escaleras, llegamos al Portegau (en Aibar, así llamamos al atrio) y entramos en la iglesia.

² También nos entreteníamos sacando humor bien intencionado, y cantábamos: «El demonio a la oreja te está diciendo NO reces el Rosario, sigue durmiendo».

El mes de diciembre:

La Novenica del Niño. A esta procurábamos no faltar, y es- que nos daban un boleto para la rifa de un corderico, menuda ilusión a quien le tocaba... porque el día de Navidad se iba a comer un buen trozo muy a gusto.

5 de mayo de 2006

Suena el despertador, las 7:45.

¡Qué pereza!

Toda la noche de juerga en el SEMPA y en el Perrillas... y ahora a levantar.

Tenía que haber dicho que no iba a ir, pero... 5 minutos más y me levanto.

A punto de dar las ocho, salgo de casa. Llego tarde. Hemos quedado en el Atrio, así que empiezo a correr y, subiendo las escaleras para llegar a la iglesia, oigo la campana.

Tan, tan, tan, adoramos te Cristo y bendecimos te, que por tu santa cruz, redimiste al mundo.

La Aurora del Santo Cristo ha empezado y yo, como cada año, llego tarde.

Han sido... meses de gestación. Nuestros corporativos y un grupo de valiosos colaboradores han ayudado al «feliz embarazo» de esas figuras históricas de nuestro querido Aibar. Después de la gran idea, había que engendrar estos personajes. La placenta era muy amplia, pero... el útero se estrechaba bastante, pues ¡todo cuesta mucho!

Había capacidad, mano de obra, gran ilusión, por ello se intentó hacerlo de la mejor manera posible, y con la mejor capa que ha cubierto tan voluminoso vientre.

Gente con gran entusiasmo ha tenido que cavilar para decidir qué personaje de nuestro pueblo debería plasmarse en una gran figura, ya para toda una eternidad. No ha sido fácil la tarea.

Decidido lo primordial, había que modelarlo en caricatura, de lo más similar posible a ese personaje, con un atuendo lo mejor encajado a su personalidad y, dentro de él, como si de articulaciones y columna vertebral se tratara, había que dar forma a esa gran silueta de dos piezas de 4,10 m de alto y 1,85 m de contorno, pues debería pesar lo menos posible, para así pasear con ellos por nuestras calles, casi de escalada, y poder bailar con la mejor agilidad.

Junio de 1994. Todo se desarrolla con normalidad. Todavía quedan diez semanas de embarazo. La ecografía detecta que vienen cuatro. Dos serán hembras y dos varones... Los especialistas dicen que será un feliz alumbramiento. Habrá que preparar sus ropas y su cuna, pues deberán nacer el día 15 de agosto. Todo está listo y habrá que inscribirlos en el Registro Civil.

Se les impondrán los nombres de:

- Gigante PLA, en memoria y homenaje a perpetuidad de... D. Santiago Pla, antepasado vecino nuestro, muy recordado por sus chistes y ocurrencias.

- Gigante MUJER RURAL, en memoria y homenaje a perpetuidad de... nuestras mujeres de épocas pasadas, que además de realizar las labores de la casa, tanto ayudaban en las tareas de labranza.

- Gigante EL DULERO, en memoria y homenaje a perpetuidad de... aquel hombre conformista y bonachón que, hasta en día de repique de campanas, llevaba el ganado a pastar a la dula.

- Gigante LA BRUJA, en memoria y homenaje a perpetuidad de... aquellas mujeres progres del pueblo que, según relatos, se reunían en Campolengo, NO importándoles opiniones renegadas de los hombres de su época.

Los cuatro caminarán al instante de nacer.

Bailarán al tiempo de ser lanzado el cohete que anuncie nuestras Fiestas de San Roque, a las 12 del mediodía del 15 de agosto, desde el balcón de nuestra casa consistorial.

Vendrán vestidos de Gala, ya que PLÁ no irá a trabajar a su carpintería, la MUJER RURAL, no irá a dar vueltas a la mies, EL DULERO no tendrá que llevar el ganado a pastar y... LA BRUJA vendrá a pasar las fiestas al pueblo.

Los cuatro quieren que salgamos a su encuentro para que todos los aibareses, y también foráneos, niños, jóvenes y mayores, formemos un gran corro en nuestra plaza, y así, al son de la música de txaranga y gaiteros, bailemos incansables, haciendo que nuestras fiestas de 1.994 sean para siempre inolvidables, porque es el año en que...

HAN NACIDO NUESTROS GIGANTES.

Lo que quiero relatar sucedió en 1996.

Un grupo de familias de Aibar /Oibar formamos una asociación para poder traer niñ@s saharauis a pasar el verano entre nosotros y nuestras familias, ayudándoles en una época en la que, por las altas temperaturas que hay en pleno desierto (donde el pueblo saharauí sigue a día de hoy, después de ser expulsado de su tierra natal, el Sáhara Occidental), las condiciones son muy duras.

Fue una experiencia muy enriquecedora, que me ha marcado mucho en mi vida.

Todavía recuerdo el primer día, cuando llegó y le llevamos a la ducha, su cara de sorpresa al ver cómo salía tanta agua del grifo y se iba por un agujero. Se lanzó rápidamente a poner la mano en el desagüe para que no se escapara. En los campamentos donde viven no hay agua corriente.

Aibar, 7 de junio de 1979

¡Menos cinco! Jobar, otro día que no llego a tiempo. ¡Y ya estamos en junio!

Salgo de casa corriendo mientras oigo a mi madre que me reniega por no esperar a mis hermanos pequeños. Con lo lentos que van, y con lo que se paran, siempre llego tarde.

Dos minutos hasta la plaza. Ahora me queda lo peor, las cuestras más picas. Las campanas de la iglesia dan las nueve. Ya casi estoy.

Por la Plaza de la Virgen veo asomarse al que siempre gana. ¡Claro, como vive cerca! ¡Venga, que hoy sí! Unas zancadas más y por fin... meto los dedos en la cerradura. ¡Uff, por los pelos!

«Primerica de chicas de tercerooooo!!!!».

Una sonriente Sor María Dolores abre el portón de madera del colegio. ¡Y encima es viernes!

15 de junio de 2010

NO SE POR QUÉ... PERO DE ELLOS ME ACUERDO.

En los años que van de 1880 a 1930, en España e Italia se produjo mucha emigración. En especial a Argentina.

Eran años de pobreza. Las familias tenían muchos hijos y, se iban apañando como podían. Los más atrevidos, o quizás los más pobres, se lanzaron a la aventura de América.

Aibar/Oibar no quedó fuera de esta historia.

En la memoria de nuestros padres, abuelos, que nos lo han ido transmitiendo, queda el recuerdo de sus tíos, padres... que marcharon a Argentina. Muchos volvieron. Otros encontraron allá una nueva vida, crearon una nueva familia...

¿Qué familia en Aibar no tiene o ha tenido un ser querido que emigró a Argentina y ya no regresó a su país, a su pueblo, a su casa?

Pienso en la situación de los que marcharon: esas despedidas de sus familias, que no sabían si volverían a reunirse. Viajes eternos a lo desconocido. No sabían leer ni escribir. Las cartas que enviaban las escribían otros. Y las que recibían también las leían otros. El miedo y los trabajos a los que se iban a enfrentar, que se distanciaba en muchos casos de lo que hacían aquí...

Nietos de los que se fueron nos visitan con una emoción inmensa de conocer el origen de su familia.

En 2010 pensamos en hacer un viaje fuera de Europa. El primer país en el que pensé fue Argentina. Cuando sobrevolábamos Buenos Aires, el día 15 de junio, me acordaba de ellos, de toda esa gente que tuvo que dejarlo todo para buscar una oportunidad. Y agradecía la suerte nuestra.

Al descender las escaleras del avión, sin que nadie se diera cuenta, besé el suelo y lancé un beso al aire, pensando en mi interior, ¡VA POR ELLOS!

En las fiestas de Aibar del 2017

Era el acto de entrega de pañuelos a los mayores que ese año cumplían 90. Entre ellos estaba mi madre. Recité para todos ellos esta poesía que previamente había escrito:

Nacisteis el 27
en esta querida tierra,
en el seno de familias
humildes, sencillas, buenas.

Crecisteis, gozasteis
y sufristeis una guerra.

Creasteis vuestros hogares,
acogiendo hijos, nietos
y cuidando a los mayores.

Hoy, vuestro pueblo, Aibar,
que disfruta de sus fiestas,
agradece vuestra vida,
vuestro esfuerzo,
vuestra lucha, vuestra entrega.

Un abrazo para todos
y gracias, muchas gracias.

En el año 1.977, en fiestas de S. Pedro de Aibar, no hubo ruedas.

Esto se hace el último día de fiestas.

Preguntamos al ayuntamiento por qué no había ruedas y nos contestaron que no había dinero.

Nos enteramos que habían ido a comer, el ayuntamiento y la veintena...

En aquellos años, en Aibar, existía la veintena. La componían los veinte más ricos del pueblo, y al ser más personas que el ayuntamiento, tenían más poder, y siempre a favor de los mismos.

Entonces, un grupo de jóvenes fuimos a casa del alcalde a protestar con pancartas. A algunos nos cogieron los nombres y nos multaron con 2000 ptas. No las pagamos. Así se quedó la cosa.

Ese mismo año, en fiestas de septiembre, se quemó la bandera española que colgaba del ayuntamiento.

Y a algunos de los que en junio fuimos multados nos acusaron de haberla quemado. Todos los días de fiestas de septiembre nos llamaban a declarar al ayuntamiento, con la guardia civil.

Pasamos unas fiestas inolvidables. Nos marearon muchísimo, y nos hicieron ficha de personas «no gratas».

Tuvimos suerte, cuando entró la democracia fuimos amnistiados... Y el mismo ayuntamiento que entró, suprimió la veintena. Y ya todo aquello quedó en una mancha negra en la guardia civil...

Esto es un resumen de lo que pasamos, porque fue mucho más angustiioso.

Un 4 de Julio de 1996, que podía repetirse cada año,
el aire vibraba con un canto antiguo.

El verano, aún nuevo, nos invitaba a celebrar la vida
en los campos dorados.

Las espigas de trigo, recolectadas con esfuerzo,
se convertían en nuestras aliadas,
formando pacas que se apilaban,
erigiendo cabañas que parecían susurrar
secretos de libertad.

Era un rito de paso,
una tradición grabada en la memoria del pueblo,
un eco de risas que flotaban entre los senderos.

Con manos pequeñas, pero llenas de sueños,
buscábamos palés olvidados,
bloques de cemento desgastados
y ladrillos que contaban historias de tiempos pasados. Cuer-
das que se convertían en puentes
entre nuestras pequeñas construcciones,
uniendo nuestro mundo en un refugio de juego
y complicidad.

En esos hogares improvisados,
compartíamos no solo el espacio,
sino también nuestras almas.
Las conversaciones fluían como ríos,
cargadas de anhelos y risas,
mientras el sol se deslizaba suavemente hacia el ocaso. Ha-
blábamos de aventuras futuras,
de correr descalzos por la tierra,
de escalar árboles que tocaban el cielo
y de sueños que no conocían límites.

Los juegos eran el motor de nuestra independencia.
En cada rincón de nuestra cabaña se tejían historias
de héroes y exploradores.
Las risas resonaban como campanas,
mientras nuestras sombras se alargaban bajo el atardecer.

Éramos niños, pero, en esos momentos,
nos sentíamos invencibles,
con el mundo a nuestros pies.

La fragancia del trigo recién cosechado
impregnaba el aire,
un recordatorio de la conexión con la tierra
y con nuestras raíces.

En medio de la calidez del verano,
sentíamos que el tiempo se detenía,
permitiéndonos ser eternos
en esa burbuja de libertad.
Cada rincón del campo era un nuevo escenario
donde la vida se desplegaba.
Y la naturaleza, generosa, nos ofrecía su manto.

Con el correr de los días esas cabañas se convertían
en un símbolo de nuestra independencia.
En cada risa compartida, en cada historia contada,
forjábamos lazos que trascendían lo efímero.
Así, entre palés y pacas,
creábamos un mundo que nos pertenecía,
un espacio donde la inocencia danzaba con la audacia.

Y así, cada julio, repetíamos el ciclo,
fieles a esa tradición que nos unía.

En cada cosecha, en cada celebración,
descubríamos el valor de la amistad
y el poder de la imaginación.
El verano apenas comenzaba, y con él,
la promesa de nuevas aventuras.
En esas cabañas éramos
los arquitectos de nuestro destino,
construyendo sueños que perdurarían
más allá de la cosecha.

Un día de agosto de 1987

Iba al huerto con mi abuelo. El huerto de mi abuelo era un sitio que estaba lejiiisimos, al que se llegaba entre muchos baches, levantando mucho polvo y escuchando un cassette de los Iruñako.

Ya tenía un hermano pequeño, así que ya era una chica mayor. Y como era una chica mayor, podía acompañar sola a mi abuelo al huerto.

Como se ve, todo certezas, al menos hasta llegar allí... y empezar a aburrirme... y empezar a sentir hambre... y pensar... ¿las chicas mayores comen los tomates sin esperar a llegar a casa?

Cogí el tomate más rojo que vi, me agaché entre las matas, por si acaso, y le di un gran mordisco.

¿Podéis notar, como yo noto aún hoy, su olor, su sabor... y lo calentico que estaba?

Tarde del 14 de agosto de 2022 en la plaza Sancha de Aibar / Oibar.

Hace calor y para no variar «anda» cierzo.

Por fin ha llegado el día.

Una sensación extraña me invade por dentro.

Un coctel de nervios, tensión, alegría...

Han sido días de mucha preparación y muchos ensayos, y seguro que todo sale genial!!

El redoble del tambor marca el inicio.

No hay vuelta atrás.

A través de mi pequeña ventana tengo el privilegio de ver la plaza inundada de ilusión. Ilusión que brota de cada uno y cada una de las vecinas y vecinos de nuestro pueblo, asistentes hoy a este evento.

Con la misma precisión que la de un reloj suizo, escucho cómo la música de la banda de Aibar / Oibar y las voces de las corales Aritza y Menditxuri se funden al unísono para dar comienzo a nuestro esperado vals, el Vals de Auzolan.

La melodía fluyente por la plaza hace más ligero el peso que soporto ahora mismo sobre mis hombros. La cuenta atrás de los casi 240 segundos que dura nuestro representativo vals no ha hecho más que comenzar.

Se me hace difícil no perder la concentración de los pasos. El egoísmo y afán por no perderme detalle de lo que veo a través de mi pequeña ventana se apodera de mi subconsciente.

Observo cómo las miradas atónitas y expectantes de las y los presentes no pierden detalle de cada uno de nuestros pasos.

Deben quedar... como unos 120 segundos.

Contemplo a mis compañeros danzar ligeros e ingravidos al son de la sintonía. En una de mis vueltas soy capaz de ralentizar el espacio del tiempo para atisbar, bien formados y cuadrados, a nuestros cuatro nuevos compañeros a partir de hoy, «El Alguacil», «Musikari», «El Kio» y «La Mondonguera».

Ya no falta nada.

La melodía que comenzó hace casi 240 segundos está llegando a su fin.

Son mis últimos giros y, en cada milésima de segundo que duran, estoy detectando la felicidad y orgullo que expresa el rostro de cada una y cada uno de los aquí presentes.

Ahora sí.

La música ha llegado a su fin.

Emocionado, percibo los palmeos y vítores como una recolecta única que me hace sentir lo enorme que puede ser este pueblo, mi pueblo, que no es otro que...

¡¡AIBAR!!!

ÍNDICE

| | |
|------------------------------------|----|
| Primer día de clase | 5 |
| Lo que nunca debió pasar | 6 |
| Es un pueblo bonito | 7 |
| Mi historia con Aibar | 8 |
| Vendimia | 10 |
| Alumbrado público | 11 |
| La sancha | 12 |
| La oliva | 16 |
| ¿Me llamarás? | 17 |
| El teleclub | 18 |
| Actividades de aquellos tiempos... | 20 |
| Llego tarde | 23 |
| Han nacido nuestros gigantes | 24 |
| Niñ@s saharauis | 26 |
| Primerica | 27 |
| ¡Va por ellos! | 28 |
| Acto de entrega de pañuelos | 30 |
| No hubo ruedas | 31 |
| Mas allá de la cosecha | 32 |
| El huerto de mi abuelo | 35 |
| A través de mi pequeña ventana | 36 |

Diario Colectivo Sonoro

[enlace al audio]



aibar-oibar.org/landarte/

Corrección de textos

Pablo Marte (Un sentimiento popular)

Maquetación

Idoia Zalguizuri Barace (aidoua)

Documentación

Maite Redondo Gaztelu

Edición de audio

Xabier Erkizia

Ayudante de grabación de audio

Maidier Lasa Santamaría

Coordinación

Peru Galbete Labiano

Impreso en Centro Huarte

Este proyecto ha formado parte del programa Landarte 2024

Gobierno de Navarra
Departamento de
Cultura, Deporte y Turismo



Nafarroako Gobernua
Kultura, Kirol eta Turismo
Departamentua



Una fecha y un lugar
bienvenidos al diario
una fecha y un lugar
cada cual con un escrito
a ver que nos va contar
a ver que nos va contar
bienvenidas al diario